

# Economistas que se equivocan

Título: Economistas que se equivocan. Las raíces culturales de la crisis.

Autor: Alessandro Roncaglia

Edición: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, 133 pp.

Traducción: Jordi Pascual

Paloma DE LA NUEZ  
Universidad Rey Juan Carlos

El título de este pequeño libro promete mucho más de lo que ofrece. Aunque su autor, catedrático de Economía Política en la Sapienza y especialista en Historia del Pensamiento Económico, no puede dejar de reconocer la importancia del debate cultural y teórico para la Economía, su libro no aborda con profundidad cuáles son esas raíces culturales de la crisis a las que alude el título. Se asume que las causas de la última crisis del capitalismo radican en esa cultura económica que, desde los años de Reagan y Thatcher, se ha convertido en la corriente de pensamiento económico dominante (el consenso de Washington) que se caracteriza por idealizar el mercado y minusvalorar el riesgo y la incertidumbre. Además, a esa ideología -que no ciencia, como diría Habermas- dominante, se habrían sumado “ciegamente” los máximos responsables económicos de la Unión Europea (señaladamente Angela Merkel) con consecuencias “desastrosas”. No en vano, detrás del predominio de ciertas tesis económicas se encuentran también poderosos intereses económicos. Como se ve, una interpretación de la crisis que, aunque ni nueva ni excesivamente original, el lector querría ver más fundamentada y desarrollada.

Así, por ejemplo y como han señalado otros comentaristas, se parte de la identificación de la economía neoclásica con el liberalismo ortodoxo puro y duro. No se distinguen autores ni escuelas, ni se hacen matizaciones y, sin embargo, hay diferentes corrientes y perspectivas aun dentro de lo que, para abreviar y generalizar, llamamos Neoliberalismo. Pero en el libro, salvo alguna referencia esporádica, ni se citan ni se analizan autores, discípulos y escuelas. Todos son “fundamentalistas del mercado”. Demasiado fácil y demasiado cómodo.

En esa misma línea, el autor realiza afirmaciones tajantes como que los liberales idealizan la capacidad de autorregulación de los mercados (la mano invisible) y que “son hostiles a la fijación de reglas del juego obligatorias para todos”. Precisamente, tanto los liberales clásicos como los liberales contemporáneos han insistido siempre en la necesidad de fijar unas reglas bajo las cuales se desarrolle la actividad económica de los individuos. Sin reglas no hay mercado. Y no sólo eso; los liberales añaden a la importancia de las reglas, la justicia, la igualdad ante la ley y el Estado de Derecho, la de los principios y valores morales sin los cuales una sociedad capitalista no se reconoce como tal. Principios y valores que, en más casos de los que se supone, pueden reclamar la intervención del Estado para crear, fomentar o corregir las condiciones adecuadas para el desenvolvimiento de una sociedad libre. No hay tantos liberales, si hay alguno, que sostengan que el mercado es perfecto o que no tiene fallos. Los tiene, como también los tiene el Estado (aunque en el libro apenas se hace referencia a la responsabilidad que la intervención y la regulación de políticos y funcionarios pudiera haber tenido en la génesis y/o gestión de la crisis ni a lo imbricado que está hoy en día lo público con lo privado, algo muy poco liberal).

Lo que el autor propone es una interpretación post-keynesiana. No se trata -como él mismo advierte- de acabar con el mercado y volver a modelos económicos propios del pasado, sino de regular este nuevo tipo de capitalismo financiero que la desregulación liberal ha promovido y fomentado. Incluso aboga por un consenso internacional tipo Bretton Woods.

Al margen de que el lector comparta o no su análisis y propuestas, el libro tiene el mérito de suscitar una serie de cuestiones para las cuales puede haber diferentes respuestas: si la economía es una ciencia ¿por qué parece que las interpretaciones de la crisis están teñidas de ideología? ¿Por qué los economistas, salvo excepciones, no la previeron y no se ponen de acuerdo en cómo resolverla? ¿Es cierto que no existen reglas para encauzar el capitalismo financiero o las hay pero son inadecuadas o no funcionan o no se aplican? ¿Realmente existen intereses económicos

tan poderosos (la “casta de los banqueros”) como para controlar el sistema financiero internacional y ponerlo a su servicio? ¿Estamos ante una fase más del capitalismo o ante una transformación duradera y profunda de consecuencias imprevisibles?

En definitiva, si el lector comparte la interpretación del autor encontrará el libro ameno y fácil de leer (apenas llega a las 100 páginas), pero si no es ese el caso, echará de menos argumentos más profundos contra los cuales poder medir su interpretación propia.